

§ III. La Virgen.

N.º 1. Exaltacion de la Virgen.

El culto de la Virgen es uno de los grandes crímenes que los protestantes echan en cara al catolicismo. Tienen razon en rechazar una supersticion que, si no es idolatría en teoría, se diferencia muy poco en la práctica; pero en su severo juicio olvidan que la glorificación de la Virgen y su culto son consecuencia lógica del dogma de la Encarnacion. Si hay supersticion, ésta, digan lo que quieran los reformados, no es católica, sino cristiana.

Todos los padres de la Iglesia, desde San Jerónimo y San Agustín hasta los santos de la Edad Media, exclaman sin cesar que el lenguaje humano no puede alcanzar á expresar la grandeza de la Virgen (1): «¿Qué lengua, dice San Damian, es capaz de celebrar las alabanzas de la que dió á luz al Hijo de Dios? Aquel que no cabe en la inmensidad del mundo, se ha formado en el seno de una joven Virgen!» (2). «Ha llevado á Dios en su seno durante nueve meses», exclama San Buenaventura con un entusiasmo que raya en idolatría, sin salirse de los límites del dogma cristiano: «¡Ha alimentado á Dios á sus pechos, ha educado á Dios durante muchos años, ha mandado á Dios, ha estrechado á Dios en sus brazos, ha acariciado á Dios!» (3). Si la humanidad debe su salvacion á la Encarnacion, ¿no es natural atribuir á la Virgen los beneficios del Salvador que ha dado á luz? «Nada, dice San Anselmo, es igual á María; solamente Dios es más grande que ella. ¡Oh mujer singular y admirable por medio de la cual se han renovado los elementos, han sido hollados los demonios, se han salvado los hombres y reintegrado los ángeles!» (4). El discípulo de San Anselmo, Eadmero, completa el pensamiento de su

(1) Véanse los pasajes citados por SAN BUENAVENTURA, en su *Speculum Mariae Virginis*. (Op., t. VI, p. 429.)

(2) DAMIANI, *Sermo* 45. (Op., t. II, p. 102.)

(3) S. BUENAVENTURA, *Speculum Mariae*. (Op., t. VI, p. 439.)

(4) S. ANSELMO, *Oracion á la Virgen*. (Op., p. 281.)

maestro: «Así como Dios, dice, al crearlo todo por su poder, es Padre y Señor de todas las cosas, del mismo modo María, que lo ha rescatado todo, es Madre y Señora del mundo. Y así como Dios ha engendrado de su sustancia á Aquel por quien todo ha sido creado, así María ha dado á luz de su carne á Aquel que ha devuelto el esplendor primitivo á la Creacion» (1). No falta más que un paso para identificar á la criatura con el Creador. Escuchemos á San Bernardo con motivo de las palabras de la salutacion angélica, *el Señor es contigo*: «Dios omnipotente es contigo, en el sentido de que TÚ ERES OMNIPOTENTE con él. Dios, que es toda la sabiduría, es contigo, en el sentido de que TÚ ERES TODA LA SABIDURÍA con él» (2). San Bernardo prosigue en esta comparacion, y acaba por poner á la Virgen á la misma altura que Dios.

Si se tomáran estas palabras al pié de la letra, serian una verdadera blasfemia. A pesar de la exageracion de la forma, la doctrina conservó la diferencia entre el Creador y la criatura; pero no por eso dejó de venir á parar á una supersticion monstruosa. La Virgen es la Madre de Dios, y ¿no tiene una madre poder sobre su hijo? ¡Hé aquí á Dios omnipotente bajo el poder de la Virgen! Tal era la creencia general en la Edad Media, así en los teólogos como en las masas ignorantes. Citarémos al acaso algunas pruebas: «Cuando una madre tiene un hijo constituido en dignidad, dice Geoffroy, abad de Vendome, le dirige súplicas, puesto que es señor; pero tambien le manda, puesto que es su hijo. La más santa de las madres alcanzará de su hijo que no perezca ninguno de aquellos por quien le pida» (3). Guiberto de Nogent es todavía más explícito: «La Santa Virgen tiene cerca de Jesucristo el poder que una madre tiene en este mundo sobre su hijo. Una madre no ruega, ordena. ¿Cómo, pues, Jesucristo no habia de escuchar á su madre?» (4). Los filósofos decian lo mismo: «Los ángeles y los

(1) EADMER, *De Excellentia B. Virginis*, c. 11 (en las *Obras de SAN ANSELMO*, p. 142).

(2) S. BERNARDI *Sermo* II, *die Pentecost.* (citado por SAN BUENAVENTURA, t. VI, p. 443).

(3) GOFFRIDI ABBATIS, *Sermo VIII* (*Bibliotheca Maxima Patrum*, t. XXI, p. 80).

(4) GUIBERT DE NOGENT, *De laude B. Mariae*, c. 9 (Op., p. 301).

Santos ruegan á Dios, dice *Alberto el Grande*; la Virgen le manda con su autoridad maternal, tiene imperio sobre Jesucristo» (1).

Si la Virgen manda á Dios, no hay nada que no pueda hacer; su poder se confunde con el del Omnipotente. Los teólogos más ilustres de la Edad Media celebran á porfía el poder de la Virgen. *San Damian* dice «que es la Señora del mundo y la Reina del Paraíso; no hay nada imposible para ella, porque es la Madre de Dios; tiene poder sobre todo en la tierra y en el cielo» (2). «La Virgen, dice *San Anselmo*, es más poderosa por sí sola que todos los ángeles y todos los santos reunidos, porque es la Madre del Salvador, la Esposa de Dios, la Reina del cielo, de la tierra y de todos los elementos» (3). *San Buenaventura* dice que Dios ha dado á la Virgen dominacion eterna sobre todas las criaturas (4). *Alberto el Grande*, en su elogio de la Santa Virgen, tiene un capítulo sobre la *omnipotencia de María*: «La Virgen, dice, hace lo que quiere, y nadie puede decirla: ¿por qué haces esto?» Arranca á los condenados de manos de Satanás. ¿Dónde está la justicia? ¿Dónde está el derecho? ¿Quién podría decirlo?... Es la Reina del reino cuyo Rey es Jesucristo; ahora bien, el Rey y la Reina disfrutan de los mismos privilegios. Siendo el Hijo omnipotente, la Madre debe serlo también» (5).

Una tradicion muy generalizada, admitida por los teólogos filósofos lo mismo que por la masa de los fieles, prueba hasta dónde llegaba en opinion general el poder de la Virgen. La idea del fin del mundo, que desempeñó tan gran papel en el establecimiento y propagacion del cristianismo, no dejó de preocupar y de turbar los ánimos durante la Edad Media. Sin embargo, la consumacion de los siglos, anunciada como próxima por Jesucristo y sus Apóstoles, no llegaba. ¿Cómo explicarse esta larga tregua concedida á la pobre humanidad? Se la atribuyó á la Virgen; no faltaron milagros y apariciones para consagrar esta creencia. De-

(1) *Domínium*. (ALBERTI MAGNI, *de laudibus B. Mariæ*, lib. III, § 11, lib. I, § 5.)

(2) DAMIANI, *Sermo* 40 (*Op.*, t. II, p. 91) et *Sermo* 45 (*ib.*, p. 107).

(3) ANSELMI *Orat. ad Virgin.* (*Op.* p. 277, 286).

(4) BONAVENTURA, *Psalterium B. Virginis* (*Op.*, t. VI, p. 477).

(5) ALBERTI MAGNI, *De laudibus B. Mariæ*, IV, 29.

jarémos hablar al historiador de las cosas milagrosas, *Cesáreo de Heisterbach*: «Un día se vió una imágen de la Virgen que sudaba gruesas gotas durante una tormenta. Un hombre inspirado de Dios exclamó: «¿De qué os admiráis? El Hijo de Dios habia extendido su mano sobre el mundo; su madre implora la gracia del género humano; ésta es la causa de su sudor.» En otro pasaje cuenta el fraile otra leyenda, más tonta todavía, si es posible: «Un religioso de Claraval vió en un éxtasis el Tribunal de Jesucristo. El Hijo de Dios dijo á un ángel: «Toca la trompeta.» A este sonido terrible, el mundo tembló como la hoja del árbol. Ya habia dicho Jesucristo al ángel que tocase por segunda vez, cuando la Virgen se arrojó á sus piés, implorando gracia para los hombres. «Todos, respondió el Juez Supremo, láicos, clérigos y monjes, merecen la muerte.» La Virgen insistió: «Aun cuando no sea más, dijo, que por mis amigos los monjes del Cister, á fin de que tengan tiempo de prepararse para el juicio final.» Jesucristo consintió» (1). Todavía dura el plazo concedido á los monjes del Cister. Estas patrañas eran admitidas por los fieles como una verdad revelada. El autor de la *Imitacion de Cristo* dice que si no fuese por la Virgen, el mundo no existiría ya hacia mucho tiempo (2).

Estamos en plena idolatría: ¿debe acusarse de ello al catolicismo? Si nosotros creyéramos, como los protestantes, que una mujer ha llevado á Dios en su seno, no negariamos nuestra fe á todo lo que la credulidad de la Edad Media ha dicho sobre la Madre de Dios. Pero esta necesidad de creer cosas increíbles, ¿no sería una prueba segura de la falsedad del principio de donde se derivan tan groseras supersticiones? No hemos acabado aún con las supersticiones que engendra la idea de la Encarnacion. La exaltacion de la Virgen conduce lógicamente al culto que la Iglesia le tributa aún en nuestros dias.

(1) CÆSARII HEISTERBACHENSIS, VII, 2; XII, 58.

(2) THOMAS DE KEMPEN, *De disciplina claustrali*, c. 14.

N.º 2. — Culto de la Virgen.

Se encuentra en los poetas de la Edad Media un pensamiento que parece natural al hombre en su infancia; tiene la noción de un Sér Supremo; pero como le aterra la majestad divina, se dirige á seres que estén más cerca de la humanidad (1). Estas ideas conducen directamente al politeísmo; sin embargo, participaban de ellas hombres que han merecido contarse entre los Padres de la Iglesia. No hay en el siglo XII personaje más eminente que *San Bernardo*; es el campeón de la fe, el defensor de la ortodoxia; pero respecto al culto de la Virgen, sus miras no son más elevadas que las preocupaciones del vulgo. En uno de sus sermones dice: «Temes presentarte ante Dios Padre, espantado por el sonido de su voz; te ocultas entre el follaje; te da como mediador á Jesucristo. Acaso temes todavía la majestad divina, porque, aunque se haya hecho hombre, es también Dios. Quieres tener un patrono, un defensor. Recurre á María; en ella encontrarás la humanidad pura. Y no tengo duda de que María será escuchada; el Hijo escuchará á la Madre y el Padre al Hijo. Hijo mío, esta es la escala de los pecadores, el origen de mi confianza, la razón de mi esperanza» (2).

En el siglo XI se consagró á la Virgen un día de la semana y se estableció en su honor un oficio. La innovación se propagó con rapidez, gracias al celo de un santo personaje, el Cardenal *Damian*, el cual se encuentra donde quiera que hay que proteger una obra de superstición (3). El sábado ayunaban los fieles en honor de la Reina de los cielos. Esta devoción particular era considerada como mucho más eficaz que el culto tributado á Dios, porque bastaba, según decían, practicarla durante siete años, para estar seguro de su salvación; hecho esto, los piadosos adorados

(1) Véanse los extractos de los *Minnesinger* citados por GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, § 78, nota f.

(2) S. BERNARDI *Sermo in natiuitate B. Mariæ*, § 7 (*Op.*, t. II, p. 160).

(3) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 1, § 33, nota p.

de la Virgen creían poder pecar con toda seguridad (1). A pesar de abusos tan funestos, la Iglesia no condenó las prácticas que daban lugar á ellos; las aprobó por el contrario como una obra piadosa (2).

El culto de la Virgen se acercó cada día más al que se tributaba á Dios. Esto era muy racional, porque dice *San Jerónimo*, todo lo que hacemos en honor de la Madre, redundará en gloria del Hijo (3). Postrábase en la Iglesia al nombre de María; las oraciones de los pueblos, dice un teólogo del siglo XII, se elevaban hácia ella como un mar tumultuoso (4). Dios tenía su oración; la Virgen tuvo también la suya. Introducida en el siglo XII el *Ave María* llegó á ser en el siglo XIII la oración predilecta de los fieles; los devotos la repetían todos los días cincuenta ó cien veces; los había que la repetían mil veces (5). Era difícil en medio de este fervor que María quedase confundida con las criaturas; la superstición le hizo lugar en la Trinidad. *San Damian* nos contará cómo sucedió esto el día de la *Asunción*: «El día memorable en que la Virgen Real fué elevada al trono de Dios Padre y tomó asiento en la Trinidad, toda la grey angélica se reunió para ver á la Reina del cielo sentada á la derecha del Señor, vestida con ropas de oro.» Sigue luego una comparación entre la *Asunción* y la *Ascesion*, en que no sale perdiendo María: «Cuando Jesucristo subió á los cielos, fué á su encuentro la gloriosa compañía de los espíritus bienaventurados. Contemplad ahora la *Asunción* de la Virgen; excepto la Majestad del Hijo, vuestros ojos verán una pompa mucho más resplandeciente. Solamente los ángeles salieron al encuentro de Jesucristo. Cuando su Madre entró en el palacio celeste, el Hijo de Dios mismo se levantó con toda su corte para ir á recibirla diciendo: «Todo en tí, es hermosura, amada mía, madre inmaculada» (6).

(1) «*Faciendo male securius*», dice el dominico ESTÉBAN DE BORBON, *de septem donis spiritus sancti*. (ECHARD, *Scriptor. Prædicator.*, t. I, 189.)

(2) IBID. «*Devotio tamen pia circa hæc jejunia est approbanda.*»

(3) HIERONYMUS, *Epist. X, ad Paulam*.

(4) PETRI COMESTORIS *Sermo* 28. (*Bibliotheca Maxima Patrum*, t. XXIV, p. 1430.)

(5) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, § 78, nota h.

(6) DAMIANI, *Sermo* 40 (t. II, p. 97).

Los teólogos crearon un término especial para caracterizar la excelencia del culto tributado á la Virgen; no se atrevieron á ponerle en la misma línea que la *latria*; pero lo pusieron muy por encima de la *dulia*; la *hiperdulia* de la Madre de Dios era un término medio entre el culto tributado al Creador y el que los católicos tributan á los Santos (1). Estas sutiles distinciones eran buenas para la escuela; en la práctica los fieles procedían con más franqueza. María dejó de ser una criatura y se convirtió en la Diosa de la Edad Media. La superstición no tiene límites; no le bastó haber divinizado á la Virgen; quiso todavía que la criatura divinizada fuese más ensalzada que la divinidad. Los devotos discutieron si debía llamarse al Hijo ó á la Madre el árbol de la vida. Decidieron á favor de la Madre (2). Libros de oraciones, escritos en latín, por consiguiente por clérigos y para clérigos, llevaron la blasfemia hasta decir: «Gloria á la Madre, al Padre y al Hijo» (3). Cuando el clero llevaba el culto de la Virgen hasta la idolatría, ¿cuál sería la extravagancia de este culto en las masas? Si hemos de creer al *Jardín del Alma*, Jesucristo llegó á tener envidia de la preferencia dada á su Madre. Un clérigo que tenía más confianza en la Santa Virgen que en el Hijo de Dios, recitaba sin cesar únicamente la salutación angélica. Como siempre repetía *Ave María*, Jesús se le apareció y le dijo: «Mi Madre te da muchas gracias por tus saludos, pero no olvides saludarme también á mí» (4).

Sucede con las supersticiones lo que con las malas yerbas; siempre encuentran terreno bien preparado en la debilidad del hombre. En el siglo xv las discusiones de los dominicanos y de los menores sobre la Inmaculada Concepción produjeron un aumento de devoción. La facultad de teología de París se decidió por la Virgen; persiguió con sus censuras á los hermanos predi-

(1) «*Hyperdulia videtur esse medium inter latriam et dulum.*» (S. THOMAS, *Secunda secundæ*, quæst. 103, art. 4. *C. Summa*, Pars. III, quæst. 25, art. 5.)

(2) Véase la *Disputa entre la Virgen y la Cruz*, referida por JONCKBLOET, *Geschiedenis der middeleeuwse dichtkunst*, t. II, p. 264.

(3) Véanse los testimonios en RANKE, *Deutsche Geschichte im Zeitalter der Reformation*, t. I, p. 239.

(4) *Hortulus animæ*, edición de 1498, fól. 38 v.º

adores que se obstinaban en su resistencia; fué preciso creer, *so pena de pecado mortal, que la Virgen había sido elevada al Paraíso en cuerpo y alma*; fué preciso creer, *so pena de impiedad, que Jesucristo salió al encuentro de su Madre, cuando ésta hizo su entrada en el cielo*; fué preciso creer, *so pena de hacerse sospechoso de herejía, que María era más bella que Eva!* (1). ¿Cómo nos hemos de admirar de la superstición del siglo xv, cuando en nuestros días la Iglesia ha consagrado una superstición nueva que la Edad Media misma había rechazado? Hay gentes bastante ciegas para celebrar el dogma de la Inmaculada Concepción como una prueba del poder de las ideas religiosas y de la influencia creciente de la Iglesia. La ventaja que resulta de esta superstición no lo es más que para los que explotan la religión en provecho propio; pero los cimientos de su poder están carcomidos; el edificio que sobre ellos levantan se hundirá con ellos.

§ IV.—Los Santos.

N.º 1.—El politeísmo cristiano.

El cristianismo nació y se desarrolló en el seno de la antigüedad politeísta; los pueblos bárbaros, cuyo destino está tan íntimamente ligado con el de la religión cristiana, adoraban también á Dios en sus diversas manifestaciones. Sin embargo, la concepción religiosa más particularmente inspirada por Jesucristo se fundaba en la unidad rigurosa de la divinidad. Había, pues, dos principios opuestos frente á frente; ¿era posible el paso súbito del politeísmo á la unidad de Dios para la masa de los que abrazaron la nueva religión? Cuando se sabe cómo se verificaron las conversiones en el mundo antiguo y después de la invasión de los Bárbaros, la respuesta no es dudosa. La tendencia general de los espíritus influyó sobre los fundadores mismos del cristianismo. En vano los protestantes han tratado de poner la adoración de los San-

(1) D'ARGENTRÉ, *Collectio judiciorum de novis erroribus*, t. I, P. 2.ª, p. 339.